



Escribe Carlos Esplá

Corresponsal de "Noticias Gráficas" en París

ORIGINAL HOMENAJE A LOUBET Un Busto de Turrón del que Supo Afianzar la República

PARIS, abril de 1939 (Por avión). — Montelímar es la patria del presidente Loubet. Es también la tierra del turrón. Un confitero del país ha unido en un mismo homenaje las dos glorias locales, modelando en turrón un busto de Loubet. El azúcar adquiere, en la ingenua escultura, calidad de mármol, y el ilustre personaje ofrece a sus compatriotas, en el escaparate del confitero artista, la dulce imagen de un conmandador elaborado en Ajona. Otro monumento ha elevado montelímar a la gloria de su precioso hijo. Monumento perdurable e infusible, trabajado en materias nobles, que ha sido inaugurado por el actual presidente de la República Francesa para conmemorar el centenario del nacimiento de su predecesor Loubet ha sido, con este motivo, un tema actual en la prensa francesa, como

son actuales las exposiciones "retrospectivas" del Salón de los Independientes. Loubet fue uno de los creadores de la República en su forma presente, el político que más contribuyó a darle asiento y estabilidad, sacándola de las tormentas de su incoherencia y dándole un tono sencillo, democrático, casero y burgués. Por ello, entre los dos monumentos me atrevo a destacar el de turrón, pues encierra, como obra de un artista popular, el homenaje más cercano a su época. El confitero de Montelímar usará, seguramente, chalina, será consejero municipal —como lo fué Loubet—, y adorará a Michelet y a Victor Hugo. Los hombres como él hicieron la Francia de Loubet, que sigue siendo lo más sólido y robusto de la Francia de hoy.

Loubet hizo tomar raíces en el Eliseo a la República, creación involuntaria de los monárquicos, como se sabe. Había escapado el régimen, todavía tierno, de la regencia inconfesada de Mac-Mahon, de la inestabilidad presidencial —el odio cortó la vida de Sadi Carnot; el amor la de Félix Faure—, de los atentados terroristas, del boulangismo, de las aventuras coloniales, del escándalo de Panamá. El chauvinismo escribía el abecedario del racismo. El "affaire" Dreyfus agitaba como una tormenta la conciencia sensible de Francia... Fué Clemenceau, demolidor de gobiernos, quien lanzó la candidatura de Loubet para la presidencia de la República. Candidato de los dreyfusistas, de los republicanos de izquierda, su elección dió la señal de ataque al nacionalismo mosqueteril y literario de Dérouléde y Barrés. A la "Liga de los Patriotas" le faltó un general de pronunciamiento dispuesto a entrar a caballo en el Eliseo. Los patriotas hubieron de limitarse a silbar al nuevo presidente en su primer desfile oficial y en las carreras de Auteuil. Los republicanos lo aplaudieron en Longchamp. El patriotismo de Loubet era más hondo y sólido que el de los señoritos vocingleros. Procedía de la misma tierra de Francia. Loubet pertenecía, en efecto, a una familia de campesinos provenzales; salía de esa pequeña burguesía rural francesa que estaba dando al régimen los hombres de su armazón social: maestros, médicos, abogados, normalistas, industriales, soldados, financieros... Georges Duhamel ha escrito en la serie de los Pasquier —desde "El notario del Havre" hasta "Cecilia entre nosotros"—, la historia anecdótica de una de esas familias que se elevan en el paisaje francés de comienzos de siglo como un árbol plantado en la tierra fértil. En los Loubet se puede seguir un proceso paralelo al de los Pasquier —abogado y no médico—, pero sin romanticismo ni fantasía; con una estricta disciplina jurídica y moral. El árbol de los Loubet se nutría de la tesoría lavia campesina.

Indultó Loubet a Dreyfus; calmó las pasiones que en el pueblo francés estallaban al pronunciar estas dos grandes palabras: Patria y justicia; hizo alternar en el poder el oportunismo conservador de Waldeck-Rousseau y el radicalismo constructivo de Combes; e inauguró la Exposición Universal... Toda una época. El siglo XX se adornaba con aquellas curvas deliciosas y ridículas que llamaron estilo modernista. Los elegantes llevaban mangas de "jamón". Circulaban por los Campos Elíseos los primeros automóviles, lanzando peste de petróleo. Eduardo VII asistía al espectáculo

frívolo de los boulevares y, de paso, sentaba las bases de la "Entente cordiale". El cinematógrafo empezaba a moverse. Los periodistas se batían a duelo. El telégrafo funcionaba ya, torpemente, sin hilos. Se implantaba el imperio de las sociedades anónimas. En Montmartre se batían el "French-can-can". Había, en los cafés de los boulevares, penas literarias, y se comía por un franco. La vida era fácil.

Lo fué también la de la República —gracias a su obra estabilizadora— cuando Loubet abandonó, sencillamente, el Eliseo, después de haberla servido como un magistrado irreprochable. Antes, le había caído al presidente una bomba. Pero no iba destinada a él, sino al joven Alfonso XIII.

Loubet y su esposa, al salir del Eliseo se instalaron en un piso de la calle del Dante, en pleno Barrio Latino. Paseaban por las calles de París como dos pequeños burgueses entre la pequeña burguesía, que era y es la gran fuerza de Francia. Luego, se retiró a su tierra de Provenza. Loubet había sido un presidente constitucional, árbitro imparcial en las luchas de los partidos, pero inflexiblemente republicano. Para él la República era el hogar donde todos los franceses podían refugiarse y unirse. Un hogar sencillo y burgués, en el que cada cual puede pensar como quiera.

Al cumplirse el centenario de su nacimiento, los periódicos han exhumado una vieja fotografía del anciano Loubet —barba blanca, bastón, chaqué y sombrero de paja—, paseando por las calles de Montelímar la humilde tranquilidad de su retiro. Para los viejos republicanos franceses es la imagen exacta de la gloria.

CARLOS ESPLÁ

A2P. C. E.
SIG.: 1.2d/971